

HISTORIA

DE LA

VILLA DE OCAÑA.

POR

DON MIGUEL DÍAZ BALLESTEROS
DON BENITO DE LÁRIZ Y GARCÍA SUELTO



OCAÑA 2012

El editor quiere agradecer expresamente a JULIO RODRÍGUEZ HERMOSILLA, MARIANO DE LA BANDA ALCÁZAR, FERMÍN GASCÓ PEDRAZA y JOSÉ LUIS y JUAN MORA MEDINA su aportación desinteresada.

Para esta edición facsimilar se han utilizado los ejemplares de Ediciones Doce Calles y de José Luis y Juan Mora Medina.

Ilustraciones de cubierta:

Cortesía de Julio Rodríguez Hermosilla, Mariano de la Banda Alcázar y José Luis y Juan Mora Medina.

© De la presente edición: EDICIONES DOCE CALLES
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34. Web: docecalles.com
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-113-1

Depósito legal: M-39668-2012

DESDE ARANJUEZ, JARDÍN DE OCAÑA

En el principio, fue el bosque. Un gran bosque en el valle que los iberos solían llamar *aran*, término que –por cierto– aún conserva la lengua vasca. Cuando tantos bosques han terminado en desiertos o secarrales, siempre me gustó pensar que este nuestro *aran* nació con alma de jardín y que esperaba la llegada de alguien con ojos de artista y con suficiente poder para dominar y ordenar ese extraordinario parto de la Naturaleza. Y así ocurrió: en 1271 se crea la Mesa Maestral de Santiago, que termina radicándose en Ocaña e incorpora las dehesas y el bosque de Aranjuez como solaz de sus Maestres. Sabido es que a finales del siglo XV el Maestre de la Orden don Lorenzo Suárez de Figueroa, aun disponiendo en Ocaña de su Casa Maestral, siente la llamada del bosque y del agua y se construye una Casa-Palacio en esa parte de sus dominios, en Aranjuez. El Poder ya nunca abandonó el Sitio. Posteriormente, cuando el rey Fernando el Católico consigue –impone– su nombramiento como administrador vitalicio del Maestrazgo de la Orden de Santiago, Aranjuez se convierte en albergue ocasional de los reyes de Castilla. El bosque ya estaba en camino de su transformación en jardín. Por su parte, la zona de dehesa va dando paso a huertas como las de don Gonzalo Chacón, Alcaide de Corte con la Reina Isabel, y el Emperador Carlos también querrá aprovechar parte de ese bosque como territorio de caza. Pero la suerte estaba echada y los jardines empiezan a ganar su lenta batalla de siglos. Con Felipe II van llegando de las Américas especies exóticas; algunas se aclimatan en Canarias y terminan encontrando en Aranjuez el mejor terreno para sus raíces: a mediados del siglo XVI ha nacido en Aranjuez el Primer Jardín Botánico del Mundo.

Por eso, cuando en el año 2001 la UNESCO declaró a Aranjuez PAISAJE CULTURAL DE LA HUMANIDAD, algunos ribereños nos acordamos de Ocaña y nos sentimos doblemente contentos. Porque Aranjuez, a partir de don Lorenzo Suárez de Figueroa, fue absorbiendo el Poder y la Influencia ocañenses y muchas familias emigraron, «bajaron» a este Aranjuez en el que nacerían sus hijos y nietos. Muchos de nosotros, con todos nuestros antepasados en los Registros de Ocaña desde hace siglos, podemos presumir de sentirnos, de ser «ocañenses raritos» por haber nacido en Aranjuez, como suelo hacer yo en Pregones de Ferias o Semana Santa y demás actos públicos en que me han hecho el honor de permitirme participar. Por ello siento como un pequeño acto de justicia poética el hecho de que sea una editorial de Aranjuez la que haya acometido con muy cuidada edición la recuperación de esta HISTORIA DE OCAÑA para ponerla al alcance de todos. Por un lado para su simple disfrute o estudio; por otro, para que pueda servir de base en la redacción y publicación de nuevos tomos de Historia, tejidos con los actuales conocimientos y los modernos medios de investigación.

Me parece bien lógico, es de absoluta justicia, que este libro llegue a sus manos «DESDE ARANJUEZ, JARDÍN DE OCAÑA».

Mariano de la Banda Alcázar

CONSIDERACIONES SOBRE
LA HISTORIA DE LA VILLA DE OCAÑA
DE DON MIGUEL DÍAZ BALLESTEROS
Y DON BENITO DE LÁRIZ Y GARCÍA SUELTO

Hace muchos años, demasiados diría yo, me cautivó, después de leer unas hojas sueltas, la Historia de esta Villa de Ocaña donde tuve la dicha de nacer y crecer.

Como es natural, las personas curiosas que quieren conocer mejor algunos temas o acontecimientos pasados, deben de acudir a diferentes centros de documentación: Archivos Municipales, Provinciales, Archivo Histórico Nacional, Biblioteca Nacional, etc. Así empezaron las lógicas visitas obligadas a estos santuarios donde duermen pacíficamente cientos de miles de documentos y por mis manos empezaron a pasar algunos a los que se hacía referencia en aquellas primeras hojas sueltas que leí.

Inicié mis primeras indagaciones preguntando a las personas mayores de la Villa, encontrando en muchas de ellas la afirmación a mi pregunta, pero, por desgracia, nadie tenía constancia escrita de los hechos que relataban, bien porque lo había tenido en su día y se perdió o porque fue pasto de las llamas en algún momento de la historia de esa familia. Un día apareció una buena persona, que conocedora de mi interés por algún escrito, bien sea libro o apuntes, me regaló un libro fotocopiado y encuadernado. Este no era otro que la *Historia de la villa de Ocaña*, de don Miguel Díaz Ballesteros y don Benito de Láriz y García Suelto.

Como era de esperar me faltó tiempo para leerla, descubriendo en sus cientos de líneas un rico patrimonio documental y el conocimiento de un nuevo mundo para mi hasta entonces desconocido. Pero ¿qué pasaba con la información que yo tenía

recogida sobre ciertos acontecimientos históricos acaecidos en esta Villa toledana de rico abolengo?

En algunos casos se producía una amplia contradicción, en otros errores de fechas y, como es de esperar, el relato novelesco y poco creíbles de algunos acontecimientos.

Antes de continuar hablaré de su autor. Don Manuel Díaz Ballesteros, un afamado médico-cirujano de Ocaña, empezó recopilando documentación que dos hijos de Ocaña habían iniciado y dejado incompleta: primero el Presbítero don José Agraz Calatayud y después don Juan Antonio Pozuelo y Espinosa. Los apuntes de ambos se encontraban inéditos y sus dueños no dudaron en entregarlos a don Manuel Díaz Ballesteros, quien con la colaboración técnica de un buen amigo e impresor comienza la obra, que desgraciadamente no pudo terminar ya que falleció el 5 de agosto de 1890. Fue el Protonotario don Benito de Láriz y García Suelto quien continuó la publicación del ingente trabajo realizado, siendo el autor de la segunda parte de nuestra *Historia de la Villa de Ocaña*.

Tras este rosario de despropósitos, abandonos, muerte, etc., hoy me pregunto y muchos nos hemos preguntado, ¿qué hay de cierto y documentado en esta *Historia de la villa de Ocaña*? Muchas fueron las dudas que surgieron al terminar su lectura, pero he de decir que también pude descubrir y saborear lo más auténtico de mi pueblo y, sobre todo, reconocer que hoy sería imposible tener noticias de algunos acontecimientos que sólo quedaron recogidos en el imaginario de la gente y trasladados a las páginas de esta *Historia*.

En algunas ocasiones he criticado la falta de rigor histórico y documental de algunos de los hechos que se narran, pero no con el fin de desmerecer la importancia de la obra. Nuevas investigaciones bien documentadas contradicen hechos que esta *Historia de la Villa de Ocaña* solo sustenta en noticias o afirmaciones. Pero así ocurre con todos los escritos históricos: una noticia escrita en el pasado sobre algún aspecto de nuestra historia patria es hoy discutida a la luz de los nuevos datos.

Los tiempos en los que se comenzó a escribir las dos partes de esta *Historia de Ocaña* no son los de hoy. Faltaban medios

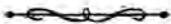
económicos y técnicos, en algunos casos, y solo existía el interés por la difusión tras su publicación. Por ello no tengo más remedio que valorarla en su conjunto y aplaudir a aquellas personas que, amantes de su pueblo y de su historia, decidieron dedicar muchas horas de su tiempo libre para dejar una herencia intangible a los futuros vecinos de esta Villa: la riqueza histórica y artística que encierra en sus siglos de existencia.

Dentro de estas consideraciones sobre la obra publicada, no es el momento ni el lugar de enumerar y explicar detalladamente algunos capítulos he informaciones que nuestros historiadores nos dejaron escritas. Con más voluntad que quizás acierto, trataron de explicarnos ciertos acontecimientos recurriendo en algunos casos a la literalidad de textos, evitando por otro lado la explicación lógica de su contenido. Me resisto a censurarla hoja a hoja, porque ello supondría la edición de dos o tres volúmenes.

Gracias a esta labor, he podido comparar y centrar mi investigación sobre algún hecho concreto. Si no se hubiese escrito esta *Historia*, ¿cómo hubieramos conocido muchos de los acontecimientos e historias que he publicado en Programas de Fiestas o periódicos? Por ello y pese a la falta de rigor documental en alguna noticia, no tengo más remedio que admitir que aquellos hombres hicieron algo grande por este pueblo, y que a buen seguro dedicaron cientos de horas para publicar este libro que hoy vuelve a ver la luz gracias a la Ediciones Doce Calles, a quien agradezco igualmente el interés que han manifestado sobre la Historia de Ocaña, valorando mucho la importancia que desde siglos ha tenido esta Villa sede de la Orden de Santiago. También les doy las gracias por la información que me han facilitado de entregar un ejemplar original a nuestra Biblioteca Pública Municipal de Ocaña.

Fermín Gascó Pedraza

Prólogo del Autor.



HACE muchos años que me propuse escribir una historia de la Villa de Ocaña. Halagado con esta idea, tracé el plan, reuní materiales, escribí algunas páginas.... Pero pronto hube de convencerme de la escasez de mis fuerzas para trabajo semejante.

Vuelvo hoy á renovar mi propósito. ¿Será porque tenga la vana pretension de conceptuarme ahora mas apto? ¿Habré acaso adquirido mas copia de conocimientos que la que antes poseia? Ni lo uno ni lo otro. Voy á esplicar la causa de mi atrevida resolucion.

El Sr. D. Agustín Puigrós, editor de esta obra, es hijo de Ocaña, y posée un establecimiento tipográfico del que es tambien director. Deseoso de consagrar un recuerdo de cariño á su pátria y ageno á toda mira de mezquina grangería, halló en un distinguido é inteligente jóven la persona mas competente para redactarle una historia de aquella. El nuevo cronista ha-

bia hecho ya lo que yo, empezar la obra. Pero trabajos mas importantes de su particular interés le impidieron el llevarla á cabo.

Refirióme el Sr. Puigrós con marcadas señales de pena lo que acababa de suceder. Entonces dominado yo por uno de esos arranques que no nos es dado reprimir y que son hijos del mas cordial afecto, tuve la debilidad de comprometerme á ser el artífice de la obra en cuestion.

Y heme aquí nuevamente empezando á escribir la historia de la muy NOBLE, muy LEAL, y CORONADA Villa. ¿Necesitaré acaso confesar lo censurable que fué mi atrevimiento, y lo tímido que estoy con mi compromiso?

Pero la palabra está dada, y es preciso cumplirla. Seré pues el sencillo narrador de los acontecimientos varios que han tenido lugar en una poblacion que no por ser pequeña ha dejado de ser célebre.

Cuando el viagero ignorante ó superficial pasa por delante de ella, no encuentra nada digno de fijar su vulgar atencion; no vé elegantes paseos, suntuosos edificios, ni soberbios monumentos que le sorprendan. Quizá tenderá una mirada desdeñosa á su linda plaza y á su bien labrada fuente. Pero cuando el hombre observador, ilustrado, amante de las pasadas glorias del país la contempla, entonces poseído de un sentimiento de curiosidad y de respeto, se detiene á examinarla. Créese que aun lucen para la humilde Villa los brillantes dias de su historia. En aquel edificio casi del todo derruido, se congregaban las córtes de Juan II. En este otro convertido en santuario, resonaron las tumultuosas asambleas de la mas célebre de las militares Ór-

denes. Aquí, en humilde capilla donde perpétuamente oran las vírgenes del Señor, reposan las cenizas del inmortal cantor de la Araucana. Junto á ella parecen escucharse los tristes acentos de Jorge Manrique llorando en sublimes cadencias la muerte de su ilustre padre. Allí celebraron la primera entrevista para jurarse un eterno amor, el católico Fernando y la mas grande de todas las reinas. Tal vez por la murada puerta-que aun se conserva erguida, salió entusiasmada la valiente legión de las Comunidades á defender los hollados fueros de Castilla. Y sobre las tostadas almenas que coronan ese ruinoso adarve, hubo un tiempo en que flotó orgullosa y triunfante la roja cruz de Santiago.

La pequeña Villa desolada, aparece como una melancólica reina ya sin corona, pero envuelta siempre en el glorioso manto de su perdida grandeza. Sentada en el borde de la estensa llanura que tan gentilmente domina: hollando la pintada alfombra que le ofrece su verde y ameno valle: y halagada por el suave perfume de sus grátos recuerdos, yace humilde y solitaria. No es ya la corte guerrera y caballeresca de los Grandes Maestros. Ha dejado de ser la población poderosa que con su amenazante actitud intimidaba á Enrique IV. Tampoco es la que custodiara en su seno á la primera Isabel; ni la que elegía el gran Cisneros cuando buscaba afanoso un tranquilo refugio contra la pompa y vanidad mundana.

¡Pobre reina sin corona! ¡Cuanto derecho tiene á nuestras simpatías! Nosotros que la profesamos el dulce afecto de hijo por mas que no nacióramos en su seno, vivimos muchas veces en su pasado histórico. Hasta en las dulces ilusiones que

embriagan la poética fantasía, aparece Ocaña. Es la hada misteriosa que enriquece nuestros ensueños. Vémosla ostentarse en ese mundo oriental, tan dudoso como las tintas de la aurora, tan suave como el perfume de la flor. Allí está la encantada Villa, joya inestimable que avalora la dote de Zaida, prometida esposa de Alfonso VI. Allí está la que abriga en su recinto á la dulce prenda del desdeñado Azarque; y la que ofrece al celoso Abenamar (1) un regalado asilo donde llorar sus culpas. También sí, la podemos contemplar á la espléndida luz del dorado siglo de nuestra literatura. Ocaña es el preferido teatro donde despliega el génio de Calderon una de sus mas brillantes creaciones. (2) De Ocaña son, en Ocaña viven, en Ocaña aman las *Marcelas* y *Lauras*, aquellos acabados tipos de belleza, gracia y discrecion, que tanto hermosean la romántica época de los Felipes.

Las gloriosas memorias de la Villa se hallan dispersas en nuestras antiguas crónicas; para conocer todo su valor es preciso unir las, bien así como para conocer el mérito de un instrumento músico, se hace necesario juntar armónicamente las notas sueltas que produce. Pero la síntesis de hechos aislados que dejan entre sí espacios considerables, hace en extremo dificultosa la tarea del narrador. ¿Y si á esto se añade el ser novel, y estar lejos de contar con las dotes necesarias?

Ya en el año de 1660, D. José Agrás Calatayud, reunió algunos hechos relativos á la historia de Ocaña, y aunque muy

(1) Héroes ambos del Romancero.

(2) La comedia titulada; «CASA CON DOS PUERTAS.»

sumariamente escritos, dá en un estilo sencillo noticias dignas de ser apreciadas.

Siguió sus huellas un siglo despues D. Juan Antonio Pozuelo y Espinosa. La obra de este basada en la de su antecesor, es mucho mas estensa, y acredita el detenido estudio que tuvo que hacer para buscar tanto número de datos como contiene. En tal concepto es digno de la mayor alabanza. Pero falto de método, y prolijo en insignificancias, adolece además de los extravagantes vicios de la escuela culterana. Ambos escritos se conservan inéditos, y gracias á la galanteria de sus dueños, obran en nuestro poder.

Notas históricas y tradiciones antiguas de no escaso interés, debemos á la laboriosidad de los Sres. Don José Esmít y Don Braulio Guijarro, hijos de Ocaña; quienes en averiguacion de los sucesos memorables que han tenido lugar en su país, no parece sino que evocaron con feliz éxito la sombra de sus mayores.

Sin libros que nos suministraran los materiales necesarios para levantar el pequeño edificio de nuestra historia, hemos tenido que recurrir en demanda de ellos á la amistad, y no hemos recurrido en vano. Es pues deber de gratitud el de consignar aquí entre otros nombres, los de los R. R. P. P. Misioneros Dominicos establecidos en Ocaña, y los de los Sres. Don Cecilio Galvez, Don Roman y Don Manuel Huelbes, Don José Manuel de Goicoechea, Don Juan Manuel Mejía, Don Gregorio Diaz Ufano, Don Vicente Guijarro, Don Amalio Maestre, Don Vicente Muñoz Herrera, Don Atanasio García Ochoa, Don Nicolás Moreno, Don Francisco Encinas y Don Bonifacio Ruiz.

En esa atmósfera de reconocimiento en que van envueltas

personas por nosotros muy estimadas, sentimos no poder comprender á otras á quienes nos hemos acercado. Sufrimos sin embargo el desaire con la mayor resignación. Porque, qué merecimientos puede alegar el humilde médico de Ocaña?

Con solo cuatro meses de interrumpido estudio: en medio de las perentorias ocupaciones que la práctica de nuestra profesion nos proporciona: y aguijoneados de continuo por la impaciente actividad del editor, damos hoy principio á la improbable tarea. ¡Que el público sea indulgente con nosotros!

